

PIEZAS ARQUEOLOGICAS DESCONOCIDAS

P O R

RAUL FLORES GUERRERO

LA conservación de las piezas arqueológicas prehispánicas se debió en México, independientemente de la estratificación natural del suelo, a tres factores principales. Por una parte a la preocupación de los indígenas por ocultar sus viejos dioses de piedra de la implacable destrucción que efectuaron los conquistadores y colonos del siglo xvi de todos los restos de las antiguas civilizaciones del Anáhuac; por otra al carácter megalítico de muchas de esas piezas que dificultó o francamente impidió su desintegración material y obligó a los españoles a arrojarlas a las aguas de los canales cercanos, por ser el más fácil medio de deshacerse de ellas, no sin haber antes gastado sus esfuerzos inútilmente tratando de hacerlas desaparecer; ¡cuánto tiempo y trabajo implicó el gran rasguño que presenta la piedra de Tizoc que, al fin y felizmente para nosotros, acabó en el barro de la laguna ante la desesperación producida por la ineficacia de los cinceles coloniales para romperla! El tercer factor, debido a la acción directa, si bien inconsciente de los constructores de los pueblos y ciudades de la Nueva España, fué el empleo de las piedras arqueológicas como material de edificación en los nuevos edificios.

Muy pocos, por no decir ninguno, de los conquistadores, evangelizadores y colonos tuvieron la preocupación, ni el deseo, de conservar restos materiales de las antiguas culturas del Nuevo Mundo. Hay que recordar que el interés arqueológico por el pasado se desarrolló en épocas muy posteriores, gracias al criterio de valorización, ya moderno, nacido del

Renacimiento, criterio que pudo surgir y tender a su universalización al dejar de ser la cultura una exclusiva de los frailes medievales y difundirse en el mundo secular.

Siendo el siglo xvi en México un trasunto del medievo, la cultura, el conocimiento, eran un privilegio de los religiosos de las viejas órdenes mendicantes que, sin embargo, como componentes humanos de la civilización europea que se impuso taxativa y rotundamente en las nuevas tierras, no podían aceptar, debido a su propia manera de pensar, de obrar, de ser, la presencia de elementos que eran el producto de un ambiente y una visión del mundo distintos, opuestos diametralmente al ambiente cristiano y a la católica visión del mundo que ellos sentían y vivían.

El enérgico choque de ideologías, de espiritualidades, de religiones, se tradujo en el naciente arte de la Colonia en un cambio de formas y realizaciones plásticas. El canon estético europeo se impuso, pero a la vez se matizó con fuertes rasgos diferenciales, resultantes tanto de la adaptación al nuevo medio como de la incontenible tradición artística de los pueblos nativos. Estos productos, híbridos si se quiere, del arte colonial, son una lógica floración del carácter adquirido por la propia Colonia, por eso fué aceptada su presencia en los nuevos monumentos, en un principio como inevitable y más tarde por costumbre. Mas lo arqueológico, manifestación pura del extraño mundo indígena, repelente a los ojos de los españoles, desapareció ante la furia inconoclasta de éstos: los *cuauhxicallis* o vasos de corazones se transformaron en gigantescas pilas bautismales en las que las eruditas citas bíblicas aparecen traducidas al náhuatl; las alfardas, los dinteles sirvieron de columnas y pilastras, conservando en ocasiones, en las partes no visibles, restos de plumas, de colmillos o de escudos esculpidos para las deidades indígenas mucho antes que el dios español cruzara el océano.

De hecho, pues, los indios directamente, los españoles indirectamente, contribuyeron a la salvación de gran cantidad de piezas arqueológicas de la comprensible ceguera de aquel momento histórico.

En este caso interesa enfocar nuestra atención sobre algunos monolitos olvidados en Huaquechula y en Mixquic que han perdurado gracias a los factores señalados.

* * *

En las ruinas del claustro del convento de Mixquic se encuentran en la actualidad cuatro piezas arqueológicas haciendo resaltar sus relieves

prehispánicos en el ambiente, entre medieval y renacentista, de la vieja fundación agustiniana. Son ellas dos *tlachtemalacatl* o anillos de juego de pelota y dos pequeños monolitos, mutilados por manos coloniales.

Los *tlachtemalacatl*, empotrados en el suelo, formaron parte indudablemente del mismo edificio de juego de pelota pues el motivo simbólico con que están esculpidos es el mismo. Se trata de la representación del concepto que los aztecas tenían del ciclo solar, concepto pleno de esa poesía mitológica de todas las creencias precolombinas: Tlaltecuhltli, el monstruo de la tierra, devora al sol.

Dentro de la composición circular a que obliga la forma del anillo de piedra aparece Tlaltecuhltli, con el torso suavemente curvado, las piernas recogidas y sosteniendo entre las manos y las rodillas al sol. Por sus pulposas fauces de sapo que lo identifican, ha desaparecido ya la mitad del disco, quedando aún visible una parte que completa el círculo en la que alternan las inconfundibles estilizaciones de los rayos con un elemento semicilíndrico, formado por la superposición de varios discos de chalchihuite, símbolo de "cosa preciosa".

El motivo escultórico con que aparecen decorados estos *tlachtemalacatl* no es único, pero sí raro, pues aunque alguno que otro anillo de pequeñas proporciones existe con figuras parecidas en el patio del Museo de Arqueología no es frecuente encontrar en los juegos de pelota anillos con la representación del sol en el momento de su mítica desaparición tras las montañas para ser devorado por el monstruoso Tlaltecuhltli.

Viene aquí al caso relacionar esta figura de los anillos de Mixquic con un relieve, labrado en una roca cercana a Tenango, en que aparece el tigre de la noche devorando al sol después de haberlo vencido en la cruenta lucha por la posesión del firmamento como consecuencia de la cual el crepúsculo se tiñe de sangre día tras día.

La diferencia entre los personajes que se comen al sol, en un caso Tlaltecuhltli, en el otro el tigre, no quiere decir que el sentido mítico sea distinto. Hay que considerar que un mismo fenómeno tenía en la religión indígena diferentes explicaciones que, si en apariencia difieren, en el fondo siempre tienen puntos de coincidencia. El sol, después de ser vencido por el tigre nocturno, puede ser devorado por éste o bien por Tlaltecuhltli, permaneciendo en el seno de la tierra hasta que, recuperadas sus fuerzas vence, en el campo de la aurora, al tigre, para dominar nuevamente el firmamento.

Es común que en los *tlachtemalacatl* aparezca el sol, estilizado en distintas formas, ya que el juego de pelota era un rito solar en el que los anillos centrales ocupaban un lugar de primera importancia, tanto que, según refieren algunos cronistas, el anillo era lo último que se colocaba en la fábrica de un juego de pelota en medio de grandes ceremonias. Para los mexicas los *tlachtemalacatl* eran el corazón del juego y cuando alguno de los jugadores lograba hacer una de esas casi increíbles proezas de pasar la pelota de hule crudo, golpeándola con los codos o las caderas, a través del orificio central, el realizador estaba obligado a efectuar una serie de ceremonias de tipo religioso ante los anillos de piedra. Según los arqueólogos Hugo Moedano y Jorge Acosta, desde las fuentes históricas más antiguas (petroglifos y estelas principalmente) se hace evidente que el juego de pelota era una ceremonia que recordaba sucesos míticos relacionados con el sol.

En el mismo claustro conventual de Mixquic, a uno y otro lado del arranque de la escalera que sirve de acceso a la torre, se hallan dos piedras arqueológicas, asentadas sobre dos basamentos, renacentistas por sus molduras, de columnas coloniales inconclusas. La correspondencia de las dimensiones, la coincidencia casi perfecta en la superposición de las aristas de los elementos escultóricos pre y posthispánicos, hacen pensar que las piezas idolátricas estaban destinadas, como tantas otras, a ser pulidas, despojadas de sus relieves primitivos y convertidas en elegantes soportes de los techos agustinianos. La casualidad, amiga entrañable de la arqueología, permitió la conservación de los relieves que decoran la porosa superficie de los dos fragmentos regulares de piedra volcánica en los que aparece una figura serpentina; su cuerpo, iniciado en la parte inferior por los cascabeles estilizados de la serpiente más común del altiplano, se vuelve de repente en un sencillo enroscamiento que coloca la cabeza, enérgica y desproporcionada, sobre la extremidad de la cola. A nivel del anillo que forma el reptil divino con su cuerpo aparece la estilización del fuego, lo que junto con los colmillos transformados en una especie de extraño pico de águila que muestra en la cabeza y un penacho de plumas preciosas que le sirve de tocado, puede servir de índice para identificar la figura como la de Xiuhcoatl, la serpiente de fuego, el arma predilecta del dios Huitzilopochtli que éste legó a los mexica para hacerlos invencibles, sólo que aquí, en vez de la usual corona de esferas de piedra muestra el penacho de plumas y en lugar de los colmillos naturalistas eternos tiene ese raro pico aquilino que indudablemente no es otra cosa que la forma estilizada de

los propios colmillos que, por efecto de la erosión de cuatro siglos, apenas ha quedado esbozada en sus perfiles. Habría aquí que recordar que las abiertas fauces de las serpientes del código Nutall, privadas de su colorido, no están muy alejadas en lo formal de un pico de águila, además de que en una Xiuhcoatl como la de Mixquic, claramente definida por todos sus demás elementos, inclusive su lengua bífida, nada tiene que hacer un auténtico pico de águila.

* * *

Un escondido sentimiento popular de orgullo, si no es que de religiosidad intuitivamente ligada con el pasado lejano, movió a los indígenas de Huaquechula a colocar, en el lugar más destacado de la plaza del pueblo y sobre un zócalo adecuado, un monumental e interesante monolito, hallado por accidente hace ya varios años bajo la tierra de las sementeras. El significado de sus formas nadie lo puede allí descifrar, pero en cambio, éstas se prestan a esas interpretaciones que en el campo de la arqueología llegan a ser poéticas por influjo de la historia y las leyendas del México antiguo.

Se sabe que el pueblo de Huaquechula, en tiempos anteriores a la Conquista, se encontraba asentado en los ámbitos del actual Atlixco. Ya en épocas del imperialismo azteca fué obligado a trasladarse al lugar que hoy ocupa, ante el empuje de las armas huexotzincas, en donde acabó por ser un tributario más de los mexicanos que impusieron allí, como en casi todo el altiplano, su criterio artístico, guerrero y comercial.

El esculpido del monolito de Huaquechula no podía ser más azteca. Representa un jaguar o un tigre en actitud agresiva, mostrando entre sus fauces entreabiertas sus poderosos colmillos. Todo en él contribuye a establecer una relación estilística con el célebre *cuauhxicalli* o vaso de corazones que se halla en la Sala Mexica del Museo de Arqueología. Claro está que el esculpido del jaguar de Huaquechula no tiene ni la perfección, ni el incomparable acabado, ni la firmeza de línea de la obra maestra del Museo, pero su expresividad es igualmente intensa. La parte superior de la piedra está formada por un conjunto de elementos que a pesar de hallarse bien delimitados en sus detalles se prestan a confusión, tanto por la destrucción de algunas partes como por la extrema rareza de su representación plástica, lo que conduce la interpretación al terreno de las conjeturas. El motivo principal parece ser un águila que confunde materialmente su

dorso con el dorso del jaguar. Extraña encontrar, en el lado derecho del monolito, una de sus garras gigantescas aprisionando la cola del jaguar y por encima de ella, en una distorsión increíble, la emplumada cabeza surgiendo de entre las compactas alas. En la parte culminante, y cayendo hacia el lado derecho, una especie de cubierta de plumas, también de águila, sirve de fondo a un grandioso corazón humano de enérgicos relieves en el que las aurículas hacen resaltar su importancia vital, apareciendo tras ellas las arterias arrancadas en el cruento acto del sacrificio. Por último, ocupando toda la parte posterior de la enorme escultura, aparece un imponente *chimalli* o escudo de la guerra, cubierto con sus característicos vellones de pluma y cruzado por detrás por cuatro flechas de agudas puntas, vástagos estriados y cabos emplumados.

Ahora bien: ¿cuál es el simbolismo de esta incomparable pieza arqueológica? Es aquí cuando su originalidad y la extraña amalgama de elementos que la componen obliga a emitir una interpretación subjetiva, sometida por lo tanto a toda clase de nuevas observaciones. Aunque parezca redundancia interpretativa, se trata indudablemente de la representación de la diaria lucha entre el día y la noche, el águila y el tigre, la luz y la oscuridad, por el dominio del cielo; el eterno y feroz combate que era considerado por los mexica como el eje de su existencia terrena. El águila, símbolo positivo del día, se sobrepone aquí, en la tridimensionalidad de la escultura, como se imponía en el idealismo del mito, sobre el tigre, símbolo negativo de la noche. El *chimalli* guerrero, objeto ineludible en toda representación de un combate entre las principales divinidades y escudo preferido de Huitzilopochtli, habla de la trascendencia del significativo encuentro.

Por otra parte el sol, para triunfar sobre las tinieblas, necesitaba alimentarse y los hombres, encargados de tan elevada tarea, no podían imaginar alimento más digno, más sublime, que la propia sangre humana; realmente el sacrificio en el mundo prehispánico le dio a la sangre humana una valoración que nunca ha tenido en ninguna otra cultura. De allí que un corazón enorme y voluminoso aparezca cubriendo el majestuoso conjunto escultórico de Huaquechula.

En el basamento de la escultura del jaguar y el águila se encuentra empotrado otro monolito, trabajado con el suave relieve indígena. Fragmentario y todo, tiene el interés de ser una de las más grandes fechas calendáricas esculpidas, hasta hoy encontradas por la arqueología. Desgraciadamente por tratarse de un fragmento sólo pueden descubrirse los glifos

correspondientes a “ce tecpatl” (*uno* pedernal), junto a él el signo de “acatl” (caña) y en el ángulo superior derecho la sucesión de siete numerales en estricto ángulo recto. En la gran figura del pedernal y comunicándole cierta rareza al signo, aparece uno de los característicos “anteojos” y la mitad de la boca de Tlaloc, el San Isidro de la antigüedad mexicana. El glifo “acatl”, de menores proporciones, es notable por la finura, a la vez que por la firmeza, de sus líneas, mientras que los numerales, por su colocación, parecen haber correspondido a la parte de la piedra desaparecida.

Sirvan pues estas líneas como presentación de estas piedras arqueológicas, unas cuantas más en el fecundo e interminable campo escultórico y arquitectónico del México precortesiano.



1. Anillo de Juego de Pelota. Mixquic.



2. Anillo de Juego de Pelota. Mixquic.



3. Jaguar devorando al sol. Tenango. (Clisé Paul Westheim.)



4. Anillo de Juego de Pelota. Mixquic. (Dibujó de Oscar Frías.)



5. Pieza arqueológica. Mixquic.



6. Pieza arqueológica. Mixquic. (Dibujo de Oscar Frías.)



7. Monolito de Huaquechula. (Foto F. de la Maza.)



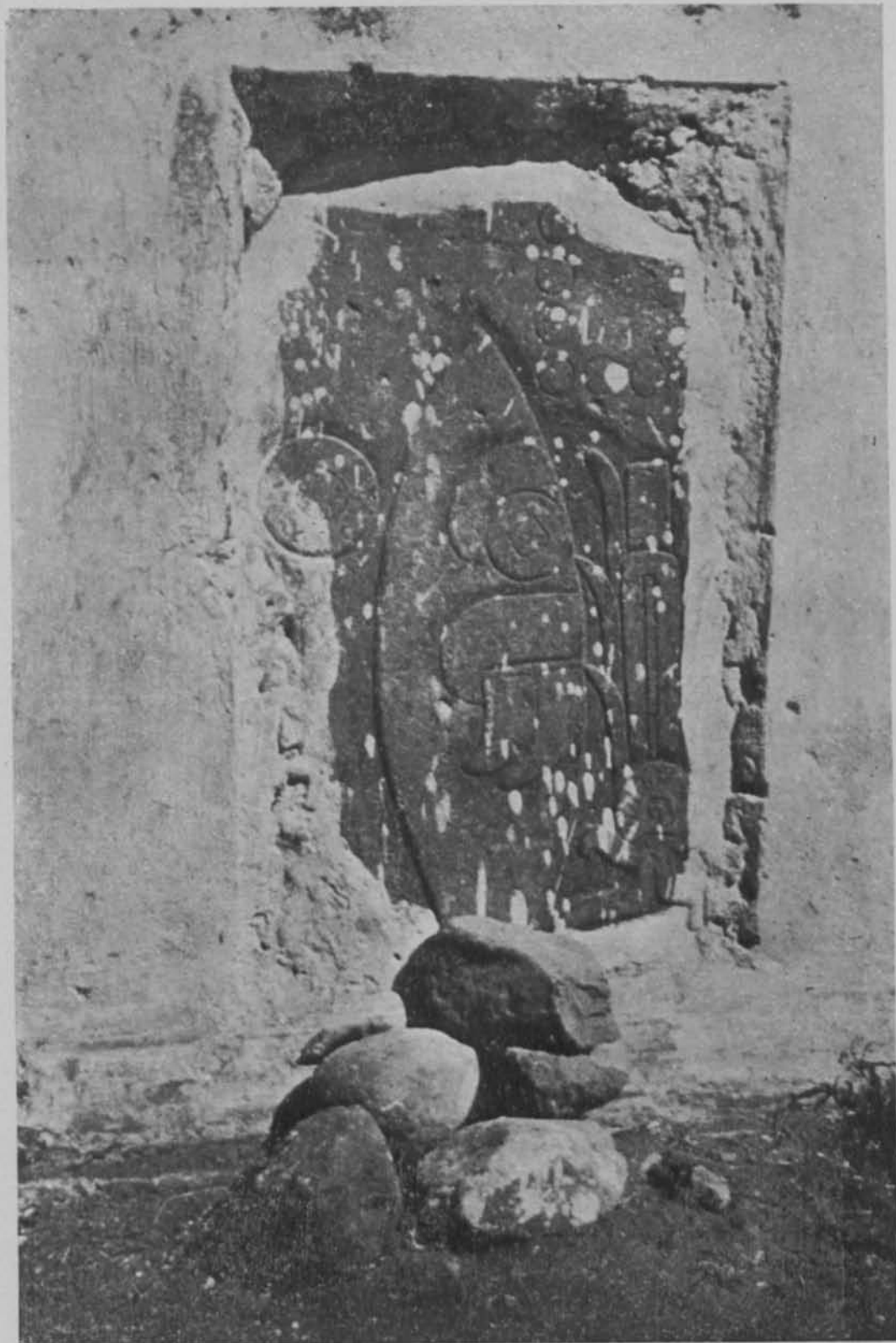
8. Monolito de Huaquechula. Frente. (Foto F. de la Maza.)



9. Monolito de Huaquechula. Vista lateral. (Foto F. de la Maza.)



10. Monolito de Huaquechula. Vista posterior. (Foto F. de la Maza.)



11. Glifos calendáricos. Huaquechula. (Foto F. de la Maza.)